

da el olor suavísimo la rosa,  
 el hermoso arbolillo tierno crece,  
 y, en efecto, el alegre Abril adorna  
 la sierra, el llano, el monte, el campo y prado:  
 ahora, pues, son tuyas tantas glorias,  
 y al verano compones y enriqueces,  
 dame tú, primavera, hermosa ayuda,  
 porque pueda decir en tu alabanza  
 algo de aquello mucho que en ti veo.  
 Por ti rompe del árbol la corteza  
 con tierna punta el cogolluelo tierno:  
 por ti cobran los campos su hermosura,  
 dejando la aspereza de los hielos  
 y del invierno las prolifas nieves;  
 tú resucitas los marchitos panes,  
 y la hierba en la tierra sepultada  
 por el temor de los airados vientos,  
 desde hoy con tu favor halla salida;  
 los árboles descubren ya sus flores,  
 aumentase del prado la belleza,  
 descubriendo colores diferentes,  
 el morado alhelí y el rojo acanto;  
 su blancura descubre la azucena,  
 el amaranto su color alegre,  
 la olorosa albahaca su verdura,  
 la suya el trébol, estimada siempre,  
 el clavel sus bellísimos colores,  
 el azahar, la maravilla, el nardo,  
 también el lirio del color de cielo.  
 Por ti se ven de aquel narciso hermoso  
 las flores rojas, convertido en ellas,  
 y todo el campo lleno de alegría,  
 adornado y compuesto de verduras,  
 tan varias, odoríferas y alegres,  
 que á todos los sentidos dan contento.  
 La alegre Filomena te saluda,  
 ya pájaro vengado de su afrenta,  
 el Alción sus infortunios canta,  
 y ufana vuelve á su querencia Progne.  
 La humilde vid, desnuda de su leña,  
 por ti de hojas se compone y viste;  
 las aves, fabricando ya sus nidos,  
 cantan de amor regalos y querellas;  
 el sol está en los prados aumentando  
 el matiz de sus flores hermosísimas,  
 y susurrando la discreta abeja  
 á aprovecharse dellas va solícita;  
 el cabritillo por la hierba corre,  
 y la preñada cierva, fatigada,  
 á parir viene ya sin miedo alguno;  
 si obscureció los cielos el invierno,  
 amenazando al mundo con relámpagos,  
 con aguas, torbellinos y granizo,  
 tú le quitas aquel obscuro velo  
 y sosiegas sus fuertes terremotos;  
 y al fiero mar hinchado, que parece  
 que á los cielos azota y amenaza,  
 por ti pierde el rigor, vuelve sereno,  
 y á tu beldad, ¡oh hermosa primavera!,  
 quiebra la furia y la cerviz inclina.  
 Por ti el desconsolado marinero,  
 viendo aplacar el fresco mar airado,  
 descansa en las riberas y repara  
 el mástil roto y la quebrada triza  
 y el embreado leño al agua entrega,  
 navegando del Artico al Antártico,  
 seguro de tormentas y borrascas;

el animal, el pez, la hierba y planta,  
 el sol, el cielo, estrellas, criaturas,  
 todos se alegran con tu hermosa vista;  
 el viento se quebranta, el mar se humilla,  
 el estrellado cielo queda hermoso,  
 y hasta el suelo se viste y se engalana.  
 El venturoso amante, fatigado  
 de la nieve y granizo del invierno,  
 que al viento y hielo, como galán firme  
 pasó la noche con constante pecho,  
 con tu favor renueva su ventura,  
 haciéndosele breves ya las horas,  
 que antes tuvo por largas y prolifas;  
 por ti el mísero triste y desterrado,  
 que con rigor procura la justicia,  
 sin tener un amigo ni un pariente  
 que se atreva á hospedalle dentro en casa,  
 tú, sagrada y hermosa primavera,  
 le encubres en tu prado milagroso,  
 y halla cama de campo entre tus flores,  
 gozando de quien ama la hermosura;  
 de las estrellas en el alto cielo  
 que le están alegrando con su vista;  
 del olor de las flores en la tierra,  
 que le están convidando á nuevo gusto,  
 y al fin duerme seguro y descuidado.  
 Del furioso rigor de la justicia;  
 no vive con cuidado, y si le buscan,  
 «¿dónde me esconderé?»; ruido suena;  
 una gotera ha dado en este lado;  
 cubridme aque se brazo, que me hielo;  
 ¿en qué colchón ha de acostarse el ama?;  
 haced lumbre; helada está la cena.  
 ¡Cuerpo de Dios! ¡qué viento que me ha dado!  
 calentadme ese pie, echad más ropa,  
 tapad el agujero y la ventana;  
 acuéstate á los pies, Agustínillo;  
 dame aquel tocador, dame el almilla.»  
 ¡Ay, proceloso y erizado invierno,  
 cuartanario, avariento y miserable!  
 ¡y ay, primavera santa, cien mil veces!,  
 muy digna es de grandeza tu alabanza,  
 que cuando no tuvieras otra alguna,  
 sino el hallar los hombres en ti amparo,  
 y ser madre de todos los perdidos,  
 merecerías tenerte colocada  
 entre los dioses ó en lugar más alto;  
 este es el tiempo, ¡oh primavera bella!,  
 en que nuestros farsantes tienen gusto,  
 ganan dineros, andan más contentos,  
 tienen fiestas de Corpus, y octavas,  
 caminan como quieren, sin recelo;  
 «si lloverá; si atrancará este carro;  
 este macho si es bueno; esta mula  
 me ha de dejar en el primer arroyo;  
 dame botas de vaca, dame fieltro,  
 mejor es un gabán y una montera,  
 capote de dos haldas, no es muy malo,  
 polainas, medias, guantes, mascarilla.»  
 Y tras todas aquestas prevenciones,  
 y trescientos ducados de viajes,  
 llegan adonde van, y en treinta días  
 no deja de llover una hora sola,  
 y el pobre autor se queda del agalla.  
 ¿Qué pudiera decir de aquesta diosa,  
 de aquesta primavera soberana?  
 Fuera nunca acabar querer decillo,

y pues con ella tanto pueden todos,  
 que á todos por igual les da alegría,  
 hoy en su nombre quiero suplicarles  
 que perdonen las faltas que aquí hubiere,  
 pues no es posible, donde salen tantos,  
 que deje uno de errar, y quien hiciere  
 al contrario de aquesto que suplico,  
 ruego á Dios que el invierno le ejecute  
 en quitalle la ropa de la cama,  
 las chinelas, si acaso las trajere,  
 y el día que más agua y mayor viento  
 hiciere, y mayor frío y tempestades,  
 ese día le hurten el vestido  
 y no le quede otro que ponerse.  
 Y si fuese camino, que le yerre,  
 y dé en un lodazal, donde no salga  
 ni halle quien le ayude en todo un día,  
 y que llegue de noche á alguna venta  
 donde no halle lumbre, pan ni vino,  
 ni otro consuelo, ni aun pajar tampoco  
 donde se acueste, y en el duro suelo  
 pase la noche, y amanezca helado,  
 la mula muerta y él perniquebrado.

## 95

XI.—En alabanza de Granada.<sup>1</sup>

Surcando del mar furioso  
 las impetuosas aguas,  
 cuyas temerarias olas  
 á todo el cielo amenazan,  
 un pobre y triste bajel,  
 que sólo amor le acompaña,  
 combatido de mil vientos,  
 rodeado de esperanzas,  
 engolfado en alta mar,  
 sujeto al tiempo y desgracias,  
 solo, temeroso, humilde,  
 sin ferros, gúmenas, jarcias.  
 Abierta toda la proa,  
 sin árbol, timón, ni carta,  
 sin velas, guías, ni antenas,  
 sin piezas, pólvora ó balas,  
 sin remedio, sin defensa,  
 los marineros sin almas,  
 que donde no sobran fuerzas  
 siempre los ánimos faltan;  
 huyendo de un galeón  
 que les viene dando caza,  
 artillado, fuerte, rico,  
 viento en popa, mar bonanza,  
 todos pilotos, maestros  
 y marineros de fama,  
 que conocidos del mar,  
 ya libres el mar surcaban,  
 sin ningún temor de ofensa  
 ni de fortuna contraria,  
 que á veces el poder mucho  
 los más poderosos mata.  
 Al fin el triste bajel,  
 que de sus manos se alarga,

<sup>1</sup> Esta loa se imprimió también anónima en otra colección de varias obras.

surca el agua, rompe el viento,  
 llega al puerto y allí pára,  
 pidiendo á voces favor  
 á los que ya le esperaban,  
 con pecho y brazos abiertos  
 en las arenosas playas.  
 Llegan con barcas á bordo,  
 y al fin, saltando en las barcas,  
 la amada tierra que pisan  
 adoran, besan y abrazan.  
 Y juntamente los pies  
 á quien las vidas les daban,  
 ganadas por su pobreza  
 y por su humildad ganadas.  
 Entra luego el galeón,  
 llega al puerto y hace salva,  
 disparan la artillería,  
 todas las velas amainan.  
 Recíbenle en la ciudad  
 con grita, con algazara,  
 chirimías y añafles,  
 clarines, pífanos, cajas.  
 Con sacabuches, trompetas,  
 con fiestas, bailes y danzas,  
 y al fin entra victorioso  
 con gallardetes y flámulas.  
 ¡Oh mil veces venturosa  
 ciudad que á todos amparas,  
 y en tu milagroso puerto  
 los afligidos descansan!  
 Hoy nuestra nave, perdida,  
 llega adonde deseaba;  
 tu nobleza es quien la ayuda,  
 si los clarines le faltan.  
 Su humildad la favorece  
 y tu discreción la ampara,  
 lustre, sér, honor, grandeza,  
 proezas, valor, prosapia,  
 saber, fortaleza, imperio,  
 industria, renombre, fama,  
 virtud, constancia, riquezas,  
 fuerza, bizarrías, galas.  
 Vigor, prudencia, hidalguía,  
 estados, títulos, armas,  
 diadema, cetro, corona,  
 gobierno y silla de España.  
 Ninguna ciudad mejor  
 cubre la celeste capa,  
 pues mereciste tener  
 por rey á tan gran monarca.  
 Tú relumbras entre todas,  
 cual suele el fuego, ó luz clara,  
 en medio de las tinieblas  
 á quien el bello sol falta.  
 Tú, señoril, elocuente,  
 gloriosa, prudente, sabia,  
 populosa, antigua, fuerte,  
 altiva, cortés, hidalga,  
 dichosa, soberbia, rica,  
 generosa, insigne, brava,  
 sagaz, liberal, hermosa,  
 divina, pomposa y santa,  
 célebre, abundosa, ilustre,  
 bella, gentil, soberana,  
 amorosa, fiel, leal,  
 grande, principal, bizarra.  
 Invencible, valerosa,

pacífica, honesta, blanda,  
odorífera, oriental,  
alegre, admirable, rara,  
magnánima, belicosa,  
famosa, noble, sagrada,  
profetisa, milagrosa,  
firme, inexpugnable y alta,  
con cuyas soberbias torres  
compiten fuertes murallas,  
tus hermosos edificios,  
tus chapiteles de plata,  
tus pináculos y almenas,  
tus muros, tus fuertes casas,  
tus homenajes ilustres,  
tus paredes torreadas.  
Tus olorosos jardines  
y tus caudalosas aguas,  
donde los sagrados cisnes  
sonorosamente cantan.  
Los divinos templos tuyos,  
sesgos ríos, fuentes claras,  
tus cármenes y tus huertas,  
tu Prado, tu Vega llana,  
tu hermosísima Alameda,  
tu real Audiencia sacra,  
tu bello Generalife,  
tu Alcaicín y tu Alcazaba,  
tu famosa Alcaicería,  
tu Zacatín, Bibarrambra,  
tu divino Monte Santo,  
tu Jaragí y tu Alhambra,  
tu santidad, tu justicia,  
remedio de tantas almas,  
admiración de los hombres  
y del mundo nombre y fama,  
adonde no falta el oro  
que en sí produce el Arabia,  
las ropas de Alejandría,  
los terciopelos de Italia,  
vasos finos de Corinto,  
las medallas del Acaya  
y más cuanto el Indo suelo  
produce de ámbar y algalia.  
¡Oh insigne ciudad gloriosa!,  
mas te ofende quien te alaba,  
tu antigüedad te engrandezca  
que mi alabanza no basta.  
En tu puerto milagroso  
hoy mi pensamiento amaina,  
dando fondo al gran temor  
que en mi corazón reinaba.  
Mas cuando el bajel se rompa  
nuestra voluntad nos salva,  
que ésta pueden ofrecer  
los que de la mar escapan.  
Perseguidos de otras naves  
prósperas, ricas, bizarras,  
con fuerzas, poder, ingenios,  
dignas de laurel y palma.  
Pero nosotros venimos  
cual navegantes que exhala  
el fiero mar en la orilla,  
desnudos en una tabla.  
Pobres, perdidos, humildes,  
sin ropas, fuerzas, ni galas,  
sin vestidos, sin riquezas,  
sin gracia, sin farsas,

incógnitos somos todos,  
no viene nadie de fama,  
mercedes vengo á pedirlos,  
á ofreceros vengo el alma.  
No á pedir silencio vengo,  
sino á daros muchas gracias,  
y á suplicaros también  
el perdón de nuestras faltas.

## 96

## XII.—(Sin título.)

ROJAS. Una dama muy hermosa  
esotro día me dió  
palabra de sí y de no;  
¿decidme, qué es cosa y cosa?  
El no, bien le comprendo;  
el sí estoy dificultando,  
porque el sí dijo callando  
y el no me dijo riyendo.  
El sí, callando, ha nacido  
de amor, vergüenza ó engaño;  
el no, riendo, del daño  
que deste sí he concebido.  
Con la risa señaló  
el no, que me dijo allí,  
y callando, decir sí,  
es porque me ría del no.  
Que el no se da por favor,  
y el sí por entretener,  
y con no suele querer  
quien con sí no tiene amor.  
¿No hay quien lo declare?

Sale MARÍA.

MARÍA. Sí.  
ROJAS. ¿Quién me ha respondido?  
MARÍA. Yo,  
que estaba escuchando el no  
y á declararle salí.  
ROJAS. ¿Pues entiendes tú algo desto?  
MARÍA. Entiendo lo que él no entiende.  
ROJAS. Vete, que eres niña; aprende,  
que tú no sabes de aquesto.  
MARÍA. Oiga, que ha andado extremado,  
señor milagro, yo sé  
mucho más que él.  
ROJAS. ¡Bueno á fe!  
MARÍA. Éntrese, que me ha enfadado.  
ROJAS. ¿Enfadado, mi clavel?  
MARÍA. Piensa, mi bien, dese modo  
que es hacer milagros todo;  
pues sepa que sé más que él.  
ROJAS. Por mi fe que anda donosa  
y con mil donaires hoy.  
MARÍA. Pues sepa, amigo, que soy  
más bellaca que no hermosa.  
ROJAS. ¡Por Dios!...  
MARÍA. Como se lo cuento:  
conózcame, por su vida.  
ROJAS. Sí haré, pues me convida.  
MARÍA. No le faltará un jumento.  
ROJAS. ¿Hay más donosa rapaza,  
hay tal donaire en la tierra?

MARÍA. Quedo, que se va á la sierra  
y habla más que una picaza.  
Vamos á lo que salí  
y de gracias nos dejemos.  
ROJAS. Digo, amores, que empecemos.  
MARÍA. No soy la del no, ni el sí.  
Ni vengo, como solía,  
aljófares ni granates,  
para decir disparates,  
amores, ni «gloria mía.»  
Diga allá, á los labradores,  
á los que vendía el coral,  
«lleve esto, que es celestial»,  
y á mí no me diga amores.  
ROJAS. Pues diga á lo que salió.  
MARÍA. Yo diré á lo que salí:  
á declarar aquel sí  
y el secreto de aquel no.  
¿No dice que preguntando,  
no sé qué le respondieron,  
sí y no, y el no rieron  
y el sí dijeron callando?  
ROJAS. Es así.  
MARÍA. Lo que él decía  
importa ahora saber.  
ROJAS. Decíale á una mujer  
que la adoraba y quería.  
Y que si acaso gustaba  
de mis penas admitir,  
que la empezaría á servir  
porque en extremo la amaba.  
MARÍA. Pues bien, ¿qué enigma hay aquí?  
Si adorarla prometió,  
al quererla, dijo no;  
y al servirla, dijo sí.  
De manera que, al servir,  
le respondió con callar,  
y al querer y al adorar  
le respondió con reir.  
Y así callando, otorgó,  
como se ve claro aquí,  
al interés dijo sí  
y al amor dijo que no.  
¿Quiere saber más?  
ROJAS. Señora,  
vuesa merced ha acertado;  
cuidadoso me ha dejado  
lo que ha dicho.  
MARÍA. ¿Aquesto ignora?  
Sepa que ya la mujer  
no quiere al hombre galán,  
que vale muy caro el pan  
y muy barato el querer.  
Discreción ni poesía,  
donaire ni gentileza,  
no vale donde hay pobreza;  
déjese de esa porfía,  
que vuesa merced, señor,  
es un Alejandro Magno,  
y no gasta en el verano  
sino ternezas de amor.  
Y tiene en España fama  
de muy largo gastador,  
y que con versos y amor  
suele sustentar su dama,  
que promete más que un Fúcar  
por ser liviano de cascos,

y son sus manos peñascos  
de la barra de Sanlúcar.  
ROJAS. Yo confieso que es verdad,  
que en mi vida di á mujer  
cuando no llegó á querer  
con igual conformidad.  
Porque es muy gran majadero  
el que quiere amor comprado,  
pues quiere gusto forzado  
á peso de su dinero.  
Porque el amor que es honrado  
no se funda en interés,  
cuando por dicha no es  
de necesidad forzado.  
Que entonces, por caridad,  
cualquier hombre de razón  
acude á su obligación,  
cuanto y más con voluntad.  
Porque este amor, saber quiero  
si le han de tener aquí  
por el dinero ó por mí,  
por mí y no por el dinero.  
MARÍA. Ahora, señor Rojas, eso  
no lo salí á averiguar;  
la loa quiero empezar:  
éntrese allá.  
ROJAS. ¿Cómo es eso?  
MARÍA. Que se éntre luego, volando,  
que la loa he de decir;  
ea, ¿no se quiere ir?  
ROJAS. Niña, niña, ¿estaste holgando?  
MARÍA. Acabemos; ¿no se va?  
ROJAS. ¿Qué dices, niña?  
MARÍA. Que acabe;  
y pues tan poquito sabe,  
que se éntre al momento allá,  
que la loa he de decir.  
ROJAS. ¿Quién, niña?  
MARÍA. Yo, niño.  
ROJAS. ¿Tú?  
MARÍA. Sí, niño de Belcebú.  
ROJAS. Basta, que me hace reir.  
MARÍA. Basta, que es un mentecato,  
y no le parece á él,  
que la diré mejor que él;  
no yo, pero mi zapato.  
ROJAS. Pues tú, ¿qué puedes hacer?  
MARÍA. Mucho más que él.  
ROJAS. Poco á poco.  
MARÍA. Digo que el hombre está loco  
ó lo quiere parecer.  
ROJAS. Salido de ángel ó dama,  
de un niño, de algún capón,  
¿qué has de hacer?  
MARÍA. Gentil razón  
para detrás de una cama.  
Sepa que yo puedo hacer,  
mientras de aquesta edad gozo,  
el ángel, el niño, el mozo,  
el galán y la mujer.  
Y el viejo, que para havello,  
y otras figuras que haré,  
una barba me pondré,  
y así habré de parecello.  
El pobre, el rico, el ladrón,  
el príncipe, la señora...  
ROJAS. Anda, que eres habladora.

- MARÍA. Pues oiga y deme atención,  
que yo he de probar aquí  
todo cuanto puedo hacer,  
y luego habemos de ver  
las muestras que él da de sí.  
Va de ángel.
- ROJAS. ¿De ángel va?  
*(Representa de ángel.)*
- MARÍA. Sansón; ¡ah, Sansón! ¿Es fuerza  
que Dios te vuelva tu fuerza?
- ROJAS. Eso de ángel, bueno está.
- MARÍA. Va de dama.
- ROJAS. ¿Dama?
- MARÍA. Sí.  
*(Representa de dama.)*
- ¡Hola, Hernández, hola! ¿Oís?...  
corre, volando á don Luis  
que se llegue luego aquí.
- ROJAS. Bueno está; va de galán.
- MARÍA. ¿De galán? Así lo haré.
- ROJAS. ¿Qué haces?
- MARÍA. Desnúdome.  
*(Quítase la saya y queda de hombre.)*
- ROJAS. ¿Hay más gracioso además?
- MARÍA. Oiga, amigo; no se asombre,  
que el galán tengo de hacer;  
cuando dama, de mujer,  
y cuando galán, de hombre.
- ROJAS. Va de figura.
- MARÍA. Señora...  
*(Representa de galán.)*
- á vuestra gran discreción  
humilla su corazón  
este esclavo que os adora.  
Tened de mi mal memoria,  
muévaos amor mi desgracia  
y no pierda vuestra gracia,  
pues no alcanzo vuestra gloria.
- ROJAS. Bueno está. Va de un ladrón  
ó de un matón arrogante.
- MARÍA. Ya va de un hombre matante;  
señor Rojas, atención.  
*(Representa de rufián.)*
- Amaine, señor Garrancho,  
no se entruche con la iza,  
que es muy godeña marquiza,  
la Guimara de Polancho.  
Que le cortaré las nares  
si más con ella se entreba,  
y le quitaré una greba  
con sus calzorros y alares.
- ROJAS. ¡Válgate el diablo, cangrejo!  
¿quién te enseñó germanía?
- MARÍA. Oígame, por vida mía,  
que falta más.
- ROJAS. ¿Falta el viejo?
- MARÍA. Deme una barba.
- ROJAS. Aquí está,  
que para mí la guardé.
- MARÍA. Enseñe y me la pondré;  
¿está buena?
- ROJAS. Buena está.  
*(Pónese la barba y representa de viejo.)*
- MARÍA. Hija, enemiga de honra,  
de aquestos caducos días,  
muévante ya mis porfías,

- pues no te ablanda mi honra.  
*(De dama.)*
- Señor padre, no me afrente  
con tan extraño rigor,  
que siento más su dolor  
que no él mis desdichas siente.  
*(De galán.)*
- Vuesa merced no me culpe,  
que si á su hija he servido,  
es para ser su marido,  
y esto sólo me disculpe.
- ROJAS. Epílogo bueno, á fe.
- MARÍA. Ve aquí el galán, dama y viejo.  
Ahora en tus manos dejo  
que empiece vuesa merced.  
Haga, pues, lo que le toca.
- ROJAS. Dime tú lo que he de hacer.
- MARÍA. Digo que haga una mujer  
puesta aquesta saya y toca.
- ROJAS. ¿Yo mujer?
- MARÍA. Pues, él mujer.
- ROJAS. ¿Pues cómo con barbas puedo?
- MARÍA. Luego con victoria quedo;  
¿halo ya echado de ver?
- ROJAS. Digo que en verdad ha sido.
- MARÍA. En fin, señor, yo vencí;  
¿qué dice?
- ROJAS. Digo que sí.
- MARÍA. ¿Está contento?
- ROJAS. Y vencido.
- MARÍA. Pues por vencido se da,  
quiero hacelle una mamona,  
y tras esto un bozcorona,  
y luego entrarse podrá.  
Llegue y béseme esta mano.
- ROJAS. De muy buena voluntad.
- MARÍA. Por sola aquesa humildad,  
quiero perder lo que gano.  
Mas con condición será  
que hará lo que yo mandare,  
no hablará donde yo hablare,  
ni más fanfarroneará.
- ROJAS. Digo que es justa razón.
- MARÍA. Meta allá dentro esa saya.
- ROJAS. ¿Qué he de hacer? Paciencia, vaya.
- MARÍA. Senado ilustre, atención.

## 97

## XIII.—(Sin título.)

No el sitio desta ciudad  
y su máquina adorable,  
no su hermosa y fértil vega,  
llena de huertas y cármenes,  
más ricos y más hermosos  
que aquellos artificiales  
que antiguamente tenían  
las Hespéridas de Atlante.  
Todos los del mundo es risa,  
aquí los de Chipre callen,  
afréntense los Pensiles,  
que con éstos todo es aire;  
no sus frescuras alegres  
y no su campo agradable,

más que el de Pencaya fértil,  
en el dulce olor suave.  
No sus cristalinos ríos,  
á aquel sacro semejantes,  
y origen del Pó, del Nilo,  
del Ganges, Tigris y Eufrates;  
no sus claras bellas fuentes,  
alegando por mil partes,  
mejores que la Hypocrene,  
y aun no es razón se le iguale.  
Las de Aganype y Beocia,  
adonde las ninfas Táyides  
se bañaran más contentas  
que entre sus bellos cristales.  
No trato de su grandeza,  
edificios, homenajes,  
su sagrado Monte Santo,  
que del mismo cielo nace.  
No de su Alhambra famosa,  
torres, plaza, Audiencia, calles;  
no de sus murallas fuertes  
las levantadas pirámides,  
con quien las altas de Egipto  
aún no pueden igualarse;  
no de sus hermosos templos,  
mejores que donde yace  
Erix, por Hércules muerto,  
porque aquestos son imagen  
de aquel hebráico de Dios  
ó del romano de Marte.  
Y, en efecto, la belleza  
deste espejo de ciudades,  
donde todas las mejores  
pueden venir á mirarse,  
no me han admirado tanto,  
como ha podido admirarme  
una mujer, cielo ó sol,  
si hay sol ó cielo que hablen.  
Vila ayer, consideréla  
(si pueden considerarse  
con ojos de cuerpo humano  
las proporciones de un ángel).  
No digo que era criatura  
del suelo, que era afrentalle,  
ni la rubia y santa aurora  
cuando las nubes esparce.  
No que era de Arabia el oro  
de su cabello admirable,  
ni que era más blanca y bella  
que la nieve cuando cae  
sobre los más altos montes,  
ni la rosa más fragante  
que fresca y aljofarada  
al nacer la aurora nace.  
No que su nariz hermosa  
era al cristal semejante,  
sus cejas arcos del cielo,  
su hermoso cuello de jaspe.  
Pues tras esto que diré,  
sólo diré que su imagen  
la hizo, sin duda, Dios  
en la estampa de algún ángel.  
Pero tras destas grandezas  
el cielo quiso quitalle  
el ojo izquierdo, envidioso  
de su hermosura notable.  
Consigo llevaba un niño

que dél me dijo era madre,  
más hermoso y más perfecto  
que aquel que pintó Timante.  
Era un Castor, era un Polux,  
que á verlo Júpiter antes,  
como al otro Ganimedes  
se lo llevara en un ave.  
Era un retrato de Dios,  
tan vivo, tan semejante,  
que al fin, como hechura suya,  
por suya pudo admirarme.  
También la naturaleza  
permitió que le faltase  
un ojo, que fué el derecho;  
mirad si puede admirarse.  
Díjeme, espantado, al niño:  
« Niño hermosísimo, dale  
á tu madre el ojo izquierdo  
para que nada le falte,  
pues si tu beldad es mucha  
y de Dios eres imagen,  
estando ciego podrán,  
cual niño Dios, adorarte.  
Si te vendaren los ojos,  
será porque á nadie mates,  
que de lástima de verte  
ninguno podrá escaparse. »  
No supe más que decirle,  
quise pasar adelante,  
pero transforméme en verle  
y no pude más hablarle.  
Volvió la cara el rapaz,  
y llegándose á su madre  
medio lloroso, le dijo  
que aquel ojo le sacase.  
« Cumpla, madre, con las gentes,  
aunque mil ojos me saque,  
y aumente más su belleza  
para que nada le falte.  
Será Venus, yo Cupido,  
yo niño Dios, ella un ángel;  
daré gusto á este señor  
y nada vendrá á faltalle. »  
La madre le dice alegre:  
« Hijo mío, no os engañen,  
que no hay cosa en este suelo  
sin falta, pequeña ó grande.  
Por cierta razón discreta  
y digna de que la alaben,  
tanto como su hermosura,  
si aquesta puede alabarse,  
pues no hay persona en el mundo  
tan perfecta y tan loable,  
que no tenga imperfección  
ó falta alguna notable.  
Que es ver á un hombre discreto,  
ya enfadoso, ya arrogante,  
ya jugador, ya perdido,  
ya maldiciente, ó muy grave.  
La dama hermosa, discreta,  
humilde, honesta y afable,  
y al fin, con aquellos dones,  
que el cielo pudiera darle,  
muy melindrosa ó muy loca,  
la boca un poquito grande,  
semejante á aquesta mía  
para que nada nos falte.

Los dientes algo morenos,  
que es la falta más notable,  
ó la mayor hermosura  
que en un rostro puede hallarse.  
Frente chica, grandes pechos,  
flaquita, de pocas carnes,  
ya muy gorda ó muy grosera,  
ya muy niña ó muy pasante.  
Asimismo en la comedia  
hay malos representantes;  
hay mejores, no tan buenos;  
hay muy buenos, y hay no tales.  
Esta comedia de hoy,  
ni es mala para asombrarse  
ni buena para admirar,  
sino en un medio que aplace.  
Verso humilde, traza buena,  
y uno con otro bastante  
á serviros y agradaros;  
pero si en ella faltaren,  
al igual de los deseos,  
obras justas que no alcancen,  
supla vuestra discreción  
para que nada le falte.

## 98

XIV.—Para la fiesta del «Corpus»  
en Toledo.

Á la fiesta del convite  
que hizo á la tierra el cielo,  
el mismo cielo se admira,  
temblando están los infiernos.  
Los vicediosos de Cristo,  
mármoles doce del templo,  
comiendo están, elevados  
con tan divino sustento.  
Suspensos están los hombres,  
en libertad nuestros cuerpos,  
las almas están en gloria,  
los ángeles en silencio.  
Alegres están los signos,  
parados los elementos,  
suspendidos los planetas,  
del orbe los movimientos.  
Los serafines, cantando,  
todos los santos contentos,  
luminosas las estrellas,  
firmes los ejes del cielo.  
Están los campos gloriosos,  
verdes, floridos, amenos,  
sesgo el reino de Neptuno,  
y en fiestas todos los reinos.  
Están los tristes alegres,  
están sanos los enfermos,  
están vivos los difuntos  
y los malos están buenos;  
alegres los animales,  
saltando de cerro en cerro,  
osos, tigres y leones  
vueltos en mansos corderos.  
Las ovejuelas humildes  
luchando con sus hijuelos,  
todas las aves cantando,

deteniendo el veloz vuelo.  
A milagroso convite,  
á convite de los cielos,  
á redención de las almas,  
á libertad de los cuerpos.  
A sangre de Dios preciosa,  
á pan de Dios verdadero,  
á eterno Dios dado en pan,  
á pan de Dios todo eterno.  
Pan sagrado y repartido,  
Dios precioso y todo entero,  
vuestra hechura dais en pan,  
convidáis con vuestro cuerpo.  
Y porque los convidados  
se admiren con tal suceso,  
vienen á comer con vos  
y sois el manjar vos mismo.  
Mas, ¡qué mucho que se admiren  
si á Vos mismo os dais por ellos,  
y vuestra preciosa sangre  
dáis á lanzadas del pecho!  
Y qué mucho diga el hombre  
que está harto y satisfecho,  
si por darle de comer  
bajáis desde el cielo al suelo.  
Y Vos, sagrada María,  
Madre del Rey de los cielos,  
intercesora del mundo,  
cristalino y claro espejo,  
de Dios tesorera rica,  
oloroso lirio fresco,  
alta torre de David,  
preciosísimo sol bello,  
estrella del mar fulgente,  
altivo y hermoso cedro,  
en tan sagrado convite  
merezca yo al Hijo vuestro.  
Y vos, insigne ciudad  
y cristianísimo pueblo,  
noble, inexpugnable, antigua  
metrópoli de los reinos,  
catolicísima y santa,  
archivo de mil secretos,  
castigo de tantos malos,  
defensa de tantos buenos.  
Con tu Catedral-Iglesia,  
con tus santos monasterios,  
con tanta fama y milagros  
cual todos saben y vemos.  
Mas qué mucho que los haya,  
si hay un cardenal tan bueno,  
tan cristianísimo y justo,  
tan santo, tan limosnero,  
una ciudad, un cabildo,  
una justicia, un gobierno,  
un corregidor tan noble,  
tan principal, tan discreto;  
y qué mucho que esta fiesta  
sea al fin como del cielo,  
pues que tales diputados  
la honran con sus ingenios,  
con su virtud, con su hacienda,  
con su amor, con su buen celo,  
con su cuidado y trabajo,  
con sus cristianos deseos.  
Y qué mucho esta ciudad  
sea la mejor del reino,

si es el crisol de las damas,  
espejo de caballeros,  
retrato de buenos tratos,  
cortesía de discretos,  
amparo de los perdidos  
y de los pobres remedio.  
Y qué mucho que mi autor,  
siendo tan criado vuestro,  
sus faltas le perdonéis  
y á mí que á serviros vengo.

## 99

## XV.—Loa en enigma: de la mujer.

Paseábame ayer tarde  
triste y solo en una huerta,  
después de un prolijo ensayo  
de una comedia no buena.  
Acordéme de Artemisa,  
la hermosa Dido y Lucrecia,  
y de otras muchas que callo,  
así malas como buenas.  
Contemplé, miré, advertí  
su discreción y nobleza,  
y al fin de un breve discurso,  
que fué bien breve á mi cuenta,  
vi venir cuatro galanes  
y los dos dellos poetas,  
por medio de aquellas ramas  
tratando de la comedia.  
El uno dice que es mala,  
el otro que no era buena,  
éste que es de Miguel Sánchez,  
aquél de Lope de Vega.  
Que tiene bellaco fin,  
malos versos, pocas veras;  
en efecto, que ella es mala  
y sea de quien sea.  
Quise llegar, reportéme,  
porque enojado pudiera  
hacer una necedad  
y no fuera bien hacerla.  
Al fin me fuí y los dejé,  
y ahora salgo á hacer prueba  
de los divinos ingenios,  
de su discreción y letras.  
Oigan, que con ellos hablo,  
con ellos quiero contienda,  
con los cofrades de amor,  
practicantes de la Esfera.  
Ballesteros de Cupido,  
noveleros de Guinea,  
mártires de un pensamiento,  
confesores de mil reinas.  
Penitentes de un favor,  
tributarios de seis viejas,  
adamados paseantes,  
trasnochantes con rodela.  
Por lo humilde, serviciales;  
por lo soberbio, sin lenguas;  
devotos de media cama,  
ayudantes de por fuerza.  
A lo señor, mentecatos,  
á lo fruncido, poetas,

águilas que contra el sol  
resisten del sol las hebras.  
Teólogos de nación,  
dichosos por una estrella,  
sabios que enseñan y tienen  
conocidas academias.  
Cual los indos en Olimpo,  
ó los griegos en Atenas,  
ó los latinos en Samia,  
ó los galos en Aurelia,  
los siros en Babilonia,  
ó los hebreos en Elia,  
ó los hispanos en Gades  
ó los caldeos en Tebas.  
Así aquestos mis señores  
tienen dentro de sus puertas  
academias donde aprenden  
á murmurar lo que enseñan.  
Adonde estudian sus faltas  
y castigan las ajenas,  
que sólo de ciencia alcanzan  
hacer sus culpas secretas.  
Pregunto, pues, á estos tales,  
á los que saben de letras,  
de círculos, paralelos,  
de climas y de planetas.  
Un enigma ó cosa y cosa  
que anoche en la casa puerta  
estudié con seis gabachos  
y cuatro mozas gallegas.  
Esténme un poquito atentos  
y adivinen lo que sea,  
qué es la cosa que no come  
y come y siempre está hambrienta.  
Es cobarde y animosa,  
es muy pesada, es ligera,  
es muy flaca y es muy fuerte,  
es muy necia y es discreta.  
Es mísera, es dadivosa,  
es un bronce, es una cera,  
es cruel, es amorosa,  
es un tigre, es una oveja.  
Quiere y aborrece mucho,  
olvida y siempre se acuerda,  
promete mucho, da nada,  
da contento y da tristeza.  
Es valiente y es medrosa,  
es muy noble y es soberbia,  
es dichosa, es desdichada,  
es muy hermosa, es muy fea,  
es ingrata y agradece,  
es pobre y tiene riqueza,  
es amiga y enemiga,  
es casta y es deshonesto.  
Dice verdad, siempre miente,  
no ha estudiado y tiene escuela,  
aprende de los que aprenden,  
á los letrados enseña.  
A quien engaña despide,  
á quien desengaña ruega,  
desecha vanos presentes  
y ausentes y muertos pena.  
¿No hay nadie que me responda?  
¿No hay ninguno que lo sepa?  
Pues por no enfadaros tanto,  
la mujer digo que es ésta.  
De quien tantos males dicen

y tantos bienes se encierran,  
 los hombres las hacen malas,  
 que ellas de suyo son buenas.  
 Pues no hay pesar, no hay desdicha,  
 no hay encanto de sirena,  
 no hay llanto de cocodrilo,  
 no hay basilisco, no hay fiera,  
 no hay males, no hay mortandad,  
 no hay rabia, no hay pestilencia,  
 no hay engaño, no hay traición,  
 no hay crueldad, no hay muerte eterna  
 que más acabe y consuma,  
 no hay pena que dé más pena  
 que una mujer ofendida,  
 si acaso por mal la llevan.  
 Tratada mal y veréis  
 vuestra sepultura cierta,  
 prisión, infamia y destierro,  
 horca, cuchillo ó galeras.  
 Llevadla por mal, es mala,  
 pesada, cobarde, necia,  
 fácil, ingrata, enemiga,  
 desgraciada y deshonestas.  
 Es muda y callando habla,  
 que son los ojos sus lenguas,  
 que hablan más que letrados  
 cuando en su derecho alegan.  
 La más ligera es pesada,  
 la que es más lince es más ciega,  
 la más fiel es más traidora,  
 la más hermosa más fea.  
 Mas si la lleváis por bien,  
 la más pesada es ligera,  
 la más cobarde animosa,  
 la más necia más discreta.  
 Todas dan gloria y contento,  
 gustos, regalos, ternezas,  
 descanso, amor, vida y honra,  
 fama, dicha, nombre y prendas.  
 ¡Oh venturosas mujeres!  
 nobles, constantes y bellas,  
 discretas, damas, hermosas,  
 castas, devotas y honestas.  
 Estando de nuestra parte,  
 no habrá nadie que se atreva  
 á murmurar de nosotros,  
 porque, en efecto, es comedia.  
 Adonde se encierra todo  
 lo que en la mujer se encierra,  
 mirada con buenos ojos,  
 recibida con nobleza.  
 Amparada de discretos,  
 admitida de poetas,  
 perdonadas vuestras faltas  
 y vista nuestra pobreza.  
 Nuestra voluntad, que es grande,  
 ya que pequeñas las prendas,  
 hará eternos vuestros nombres,  
 supliréis nuestra flaqueza.  
 Remediaréis los humildes,  
 ampararéis nuestras quejas,  
 aumentaréis nuestras famas,  
 honraréis nuestras comedias.  
 Animaréis el deseo  
 para que en serviros crezca,  
 pues donde sobra afición  
 no faltaron jamás fuerzas.

## 100

## XVI.—En alabanza de la mosca.

La omnipotencia y valor  
 del autor de cuantas cosas  
 ha criado en cielo y tierra  
 con su mano poderosa,  
 más se mira en la hermosura  
 y perfección milagrosa  
 que resplandeciendo está  
 en la más chica de todas.  
 Porque criar deste mundo  
 la máquina poderosa,  
 entapizar á los cielos  
 de diamantes, perlas, joyas,  
 de signos y de planetas  
 y de estrellas luminosas,  
 con diversas calidades  
 cuya influencia grandiosa  
 á los terrestres gobierna  
 y para que los compongan  
 al elemento del agua  
 pone límite en sus ondas.  
 Criar plantas y animales,  
 aunque son excelsas obras,  
 y tienen poder sin término,  
 si bien miramos en otras,  
 parece que son más grandes  
 ver en las pequeñas cosas  
 como una mosca, una hormiga,  
 los sentidos que la adornan,  
 las manos, las piernas ínfimas,  
 ojos, narices y boca,  
 y todas las demás partes  
 que con aquestas conforman.  
 Que por la ánima sensible  
 les competen y les tocan,  
 tan bien puestas y adornadas  
 que á admiración nos provocan.  
 ¿Cuánto más nos moverá  
 esta maravilla entre otras  
 para el autor conocer  
 que es hacedor de todas?  
 Fiado en esto, pretendo  
 loar en aquesta loa  
 una cosa bien humilde,  
 aunque á muchos enfadosa.  
 Esta, con vuestra licencia,  
 señores, será la mosca,  
 cuyo sujeto es tan alto  
 cuanto mi alabanza corta.  
 Empiezo por su valor,  
 por su antigüedad notoria,  
 sus franquezas, libertades,  
 y prosapia generosa.  
 Célebrense su nobleza  
 desde París hasta Roma,  
 y desde el Tajo hasta el Bactro  
 su grandeza se conozca.  
 Desde el rústico gañán  
 que se calza abarcas toscas,  
 al príncipe más supremo  
 que ciñe regia corona.  
 ¿Qué casas ó qué palacios  
 de reinas y de señoras,

qué antecámaras ocultas,  
 qué damas las más hermosas,  
 qué templos ó qué mezquitas,  
 qué anchas naves, qué galeotas,  
 qué senado ó real audiencia,  
 qué saraos, fiestas ó bodas,  
 qué taberna, qué hospital,  
 hay en España hasta Etiopía  
 que la mosca no visite  
 y éntre libremente en todas?  
 ¿Quién le ha negado jamás  
 el paso franco á la mosca?  
 ¿en qué lugar no se sienta,  
 de qué hermosura no goza?  
 ¿De qué dama más bizarra  
 con más arandela y pompa,  
 los hermosísimos labios  
 no besa alegre y gozosa?  
 Y no contenta con esto,  
 suele bajar de la boca  
 hasta los hermosos pechos  
 y aun lo más oculto toca.  
 ¿A cuántos su libertad  
 no enciende en rabia celosa,  
 viéndola libre y exenta  
 gozar lo que ellos adoran?  
 ¿En qué consejo no se halla,  
 qué consulta hay que se esconda  
 de su vista peregrina  
 ó qué secretos pregona?  
 Ella oye, ve y calla,  
 no se precia de habladora,  
 no dice lo que no sabe,  
 es discreta, no es chismosa.  
 En el teatro se asienta  
 á ver la farsa dos horas,  
 sin pagar blanca á la entrada  
 ni hacer caso del que cobra.  
 Si quiere ver todo el mundo,  
 no ha menester llevar bolsa,  
 que ella come donde quiere  
 y todos le hacen la costa.  
 Los príncipes la acompañan,  
 duques y marqueses la honran  
 llevándola adonde van  
 junto á sus mismas personas.  
 Tiene carta de hidalguía  
 y tan noble ejecutoria,  
 que nunca paga portazgo  
 en puente, barco ni flota.  
 En su vida tuvo pleito,  
 y si vende alguna cosa,  
 jamás no paga alcabala  
 ni por pérdida se ahorca.  
 Goza de todas las frutas,  
 comiendo las más gustosas;  
 es amiga del buen pan,  
 del buen vino y buenas ollas.  
 Del turrón y mermeladas,  
 de arroyo, miel y meloja,  
 de tortadas, manjar blanco,  
 y de nada, nada escota.  
 En Salamanca, en París,  
 en Alcalá y en Bolonia,  
 tiene cursos, y en escuelas  
 se sienta á do se le antoja.  
 Cuantos juegos tiene el mundo,

tantos sabe; así á la argolla,  
 como á naipes y ajedrez,  
 dados, trucos y pelota.  
 Es hidalga, es bien nacida  
 y natural de Moscovia,  
 ciudad en Mosquea antigua  
 y muy noble antes de ahora.  
 Para ella no hay engaños,  
 bebedizos no la ahogan,  
 los tormentos no la matan,  
 la justicia no la enoja.  
 Ella entra en las batallas  
 atrevida y animosa,  
 sin arcabuz, sin mosquete,  
 peto fuerte, lanza ó cota.  
 Los hechizos no la ofenden,  
 que ha estado en Colcos y Rodas,  
 en el monte de la Luna  
 y en las fuentes de Beocia.  
 En su aposento ve al rey  
 y al mazapán ó la torta,  
 la trucha, el pavo, el faisán  
 que el paje en sus manos toma,  
 para llevarlo á la mesa,  
 antes que el rey dello goza,  
 que porque le hagan la salva  
 la dejan de todo coma.  
 Ella ha de beber primero,  
 y en aquella misma copa  
 que bebiere el santo Papa;  
 ¡mosca mil veces dichosa!  
 Fué esta ave preciosísima  
 otro tiempo más hermosa  
 que la de Arabia Feliz,  
 aunque tan pequeña ahora.  
 La culpa tuvo Diana  
 y cierto coro de diosas,  
 que, porque las vió bañar  
 en una fuente, la mojan,  
 y sus coloradas plumas  
 en un momento transforman  
 en cosa tan negra y muda;  
 pero aquesto poco importa.  
 Pues sabemos que ella fué  
 quien de la muerte en sus bodas  
 libró al valeroso Alcides  
 de su madrastra enojosa.  
 Quien tanta nobleza tiene,  
 á quien tantas partes honran,  
 tantas grandezas competen  
 é inmensas gracias adornan;  
 digna es de más alabanza,  
 de eterna fama memoria  
 y que otra lengua la alabe,  
 que la mía queda corta.  
 Suplícoos nos honréis  
 nuestro trabajo dos horas,  
 y si alguno no lo hiciere,  
 murmure y hable en buen hora,  
 que un moscón está en el patio,  
 marido de nuestra mosca,  
 que, si fuere á decir mal,  
 se le meterá en la boca.  
 Y se le caerá en el plato  
 cuando algún guisado coma,  
 y si durmiere la siesta,  
 le dará tanta congoja,

que busque donde jugar,  
y pierda hacienda y persona  
y venga las manos puestas  
á pedir misericordia.

## 101

## XVII.—Loa de la Casa de Austria.

Tengo dichas tantas loas,  
he compuesto tantos casos  
de sucesos fabulosos,  
ficciones, burlas, engaños,  
alabanzas, vituperios,  
enigmas y cuentos varios,  
que ya no sé qué me diga  
después de haber dicho tanto.  
Pero mis buenos deseos  
me han abierto un fértil campo,  
una hermosísima vega,  
llena de árboles tan altos,  
que al cielo besan sus puntas  
y eclipsan al sol sus ramos,  
de cuyo tronco dichoso  
nacen príncipes magnánimos.  
Poderosísimos reyes,  
invictísimos y santos,  
nacen monarcas del mundo  
y emperadores cristianos.  
Con vega tan abundosa,  
con campo tan soberano,  
con árbol tan venturoso,  
y con sujeto tan alto,  
¿quién no dirá alguna cosa  
teniendo que decir tanto?  
Animo, todo es ventura;  
quiero, temo, dudo y callo.  
¡Oh, tú, Castalina fuente,  
la de Helicon y Pegaso!,  
infundidme nueva ciencia  
para que yo acierte en algo.  
Que la descendencia ilustre,  
principio y origen claro  
de la casa milagrosa  
de Austria, quiero contaros.  
Denme todos grato oído,  
ayuden mi pecho flaco,  
el bajo estilo perdonen,  
mis deseos amparando.  
Austria parte de Pannomia,  
en otros tiempos pasados  
muy vecina de Alemania  
y noble en todos sus tratos.  
Pasa por medio el Danubio,  
y en sus riberas, á un lado,  
está fundada Viena,  
cabeza destes estados.  
Fueron marqueses primero  
los que esta tierra gozaron,  
que elegían emperadores  
en su defensa y amparo.  
Y entonces á esta provincia  
la marca oriental llamaron  
los marqueses, cuyos nombres  
iré, señores, contando:

Balarío, Grisón, Geroldo,  
Teodorico, Alberto, Ocarío,  
Gotifredo, Rudigero,  
Balderico, Sigenardo,  
Gebelardo, Upaldo, Arnulfo,  
otro Geroldo y Conrado,  
y faltando aquí heredero  
que viniese á estos estados.  
El emperador Henrico  
tercero dió el marquesado  
á Opoldo, duque suevo,  
cuyo descendiente, entrando,  
fué duque de Austria el primero,  
y aqúeste fué Enrique el Magno;  
á éste sucedió Leopoldo,  
que, habiendo vencido en campo  
á los infieles prusones,  
en memoria deste caso  
puso por blasón deste hecho  
en sus armas, como sabio,  
una ancha faja de plata  
en campo rojo, dejando  
las antiguas de su casa  
y de sus antepasados,  
que eran cinco cugujadas  
de oro en un azul campo.  
Después de aqúeste hubo muchos,  
y al fin sucedió al ducado  
Federico el inquieto,  
que el belicoso llamaron,  
al cual mataron los húngaros,  
sin heredero acabando.  
Y por ser la Casa de Austria  
feudo al imperio romano,  
le recuperó Rodulfo,  
descendiente, por milagro,  
de la casa nobilísima,  
que es de los condes de Aspurg,  
cuyos descendientes fueron,  
por un dón inmenso y raro,  
Alberto, Alberto el segundo,  
y aqúeste, llamado el Sabio,  
Leopoldo el Bueno y Ernesto,  
á quien el Férreo llamaron.  
Y Federico el Pacífico,  
el Noble, el Bueno, el Callado,  
que fué emperador tercero,  
padre de un Maximiliano,  
emperador invictísimo,  
fuerte, invencible, gallardo,  
muy piadoso y justiciero,  
poderoso, justo y sabio.  
A éste sucedió Filipo,  
un gran príncipe cristiano  
y el primero rey de España,  
de su nombre y su reinado.  
Este gran príncipe fué  
con doña Juana casado,  
hija única, heredera  
de Isabel y de Fernando.  
Sucedió á aqúeste Filipo  
el emperador don Carlos,  
un gran monarca del mundo  
y el mayor de sus pasados.  
Gloria de sus venideros,  
cuchillo de sus contrarios,  
señor de sus enemigos

y defensa de cristianos.  
Pues ni do destruye el griego,  
ni do edifica el troyano,  
ni donde ennoblece el godo,  
ni donde canta el tebano,  
ni donde tremola el libio,  
ni donde guerra el parto,  
ni donde el indio no entiende,  
ni donde engaña el gitano,  
ni del Oriente y Levante  
hasta el Poniente y Ocaso,  
hubo temor sin su nombre,  
porque fué del mundo espanto.  
A éste sucedió Filipo,  
invictísimo cristiano,  
el segundo deste nombre  
y sin segundo llamado.  
La luz de la cristiandad,  
el terror de los paganos,  
la discreción de los hombres,  
del mismo cielo el retrato.  
Invicto monarca y rey,  
noble, justiciero, sabio,  
por su valor y proezas,  
por su prosapia y reinado.  
Por su imperio y fortaleza,  
por sus hechos soberanos,  
por su industria milagrosa  
el príncipe más cristiano  
que ciñó corona regia,  
ni tuvo en el mundo mando,  
señor de la redondez,  
de todo el cóncavo santo.  
Otro nuevo Julio César,  
otro emperador Trajano,  
que si Aquiles mató á Héctor,  
mató á Brante Argesilao.  
El buen César á Pompeyo,  
el magno Alejandro á Dario,  
y Augusto á Marco Antonio,  
y á Aníbal, Escipión el Bravo.  
El gran Scila á Mitrídates,  
y á Decebalo, Trajano,  
este príncipe triunfó  
del mundo y sus partes cuatro.  
Sucedióle otro Filipo,  
que guarde Dios largos años,  
de aqúeste nombre el tercero  
y el primero de Alejandro.  
Este monarca invencible  
es espejo de cristianos,  
santo, justo, cristianísimo,  
fuerte, cortés y gallardo.  
Si otro tiempo las naciones,  
y en este que ahora estamos,  
se han sujetado á mil reyes,  
como ahora veréis claro.  
Si fué rey de los asirios,  
un Nino tan justo y sabio,  
Licurgo, lacedemones,  
Ptolomeo de egipcianos,  
un Hércules de los griegos,  
un Héctor de los troyanos,  
un Teotonio de los umbros,  
un Viriato de los hispanos,  
Aníbal cartagineses,  
Julio César de romanos,

éste será rey de todos,  
por más que todos cristiano.  
Este hará lo que no hicieron  
ninguno de sus pasados;  
éste vencerá á Mahometo,  
emperador otomano.  
Entrará en Constantinopla  
de su enemigo triunfando;  
sujetará á Inglaterra,  
al turco y morisco bando.  
Desde el uno al otro polo  
librará al clero cristiano  
de esclavitud, servidumbre,  
de enemigos y contrarios.  
Será, en fin, señor del mundo;  
tendrá debajo su mano  
cuanto mira el ancho cielo  
y cubre el celeste manto.  
Que, según su gran valor  
y los hechos soberanos,  
de su padre y sus abuelos,  
mucho más dél esperamos.  
Sus deseos cumpla Dios,  
pues son tan justos y santos,  
y vos esta voluntad,  
discretísimo senado,  
que buscando cada día  
novedad con que agradaros,  
desvelándome en serviros  
vuestros gustos procurando.  
Bien merezco perdonéis  
mis yerros, que ellos son tantos,  
que en sólo vuestra clemencia  
puedo salir confiado.  
Vuestros ingenios conozco,  
aquí con ellos me amparo;  
nobles y discretos sois,  
perdonar sabréis agravios.  
Pues ellos, que no son yerros  
de voluntad, ya está claro,  
que podrán tener disculpa  
con el deseo de agradaros.

## 102

## XVIII.—(Sin título.)

Piedras, bronce, chapiteles,  
pirámides, coliseos,  
obeliscos y colosos,  
móviles y paralelos,  
rases, techumbre, arquiteles,  
pentágonas y cruceros,  
bien sé que sólo me entienden  
no más de los arquitectos.  
Dioptra, tímpano, limbo,  
aranaes, piñolas, globos,  
almicantarad, munitos,  
coluros y metéoros,  
pléyadas, Arturo, norte,  
vía láctea, signos, polos,  
bien sé que sólo me entienden  
aquellos que son astrólogos.  
Laurel blanco, gramonilla,  
flor salvaje é higuera,

aceites para la cara,  
de jazmín, limón, violeta,  
de azufaias, de estoraque,  
de altramuces y de abejas,  
cabezas de codornices,  
los granos de aquella hierba,  
piedra del nido de águila  
lengua de víbora fiera,  
aguja marina y sogá  
baba morisca y la tela  
del caballo y la criatura,  
sesos de asno y flor de hiedra,  
bien sé que sólo me entienden  
no más de las hechiceras.  
Sacres, petages, trabucos,  
morteruelos, falconetes,  
escribandas, cortinas,  
tijeras, espaldas, frente,  
peñas, guardas, casamatas,  
culebrinas y mosquetes,  
ma soy monsieur si voules  
je port un brave capitene.  
Qui vou donará un cheval,  
tout asteur qui vou voudres,  
argent, cuiraza, pistola,  
samordio, alon, amene.  
A diner à mon meson  
vitemant, et tout insemé.  
Ya entenderán lo que digo  
los soldados y franceses.  
El guro está en el verdoso,  
avizorad el antano,  
polinches y lobatones,  
poleos y chupagranos,  
que las marquizas godenas,  
las guimarras del cercado,  
estruchan cualquier resuello  
y entreban todo reclamo.  
De mondruchos, brechadores,  
floraineras y lagartos,  
ya entenderán lo que digo  
los del germánico trato.  
Contumelia y puspusura,  
argonauta y cicatriza,  
regomello y dinguindaina,  
cazpotea y sinfonía.  
Magalania y cinfuntunia,  
zogomella y ciparisa,  
esta lengua entiendo Ríos  
y otros que echan bernardinas.  
Sahúmate bien las faldas,  
frunce esa boca, mozucla;  
llégate al rostro esa toca,  
clava los ojos en tierra.  
¡Ay señor!, que es una tonta  
mal lograda de su abuela;  
alza ese manto del rostro,  
descubre esas manos, necia.  
Tiénelas como alabastro,  
más blandas que una manteca,  
un piececillo tamaño  
y unas tetillas tan tiernas.  
Pues el olfato de boca,  
más lindo que de azucenas,  
aún no ha cumplido quince años,  
quítele aquella vergüenza.  
Lléguese, no tenga empacho,

mire qué muchacha aquesta;  
putas higas para todas;  
llégate, bobillo, á ella,  
que es, como una pava, gorda,  
y como una polla, tierna;  
piensas que no sé del mundo,  
pues más tengo de cuarenta.  
Dale esa sortija, acaba,  
ponle al cuello esa cadena,  
¡ay qué flojón!, Dios me guarde;  
ya me entenderán las viejas.  
Vuesa merced, señor mío,  
me tenga por su criada,  
porque en lo que es voluntad  
nadie en el mundo me iguala.  
Hola, si viene el platero  
dirás que no estoy en casa,  
y al mercader di que acuda  
que no tengo ahora blanca.  
Cierto, señor, que quisiera  
hacer lo que se me manda,  
mas no faltarán mujeres  
á vuesa merced de gracia.  
Lo otro, en la vecindad  
estoy en muy buena fama,  
y yo no quería perdella  
por quien se me ha de ir mañana.  
Hola, ¿ha pasado don Diego?  
Corre y dile á doña Juana  
que venga á hacerme merced,  
que ya son las once dadas.  
Por mi fe que estoy corrida,  
que tengo una convidada  
y no se halló que comer  
esta mañana en la plaza.  
Una olluela tengo ahí,  
y no sé que zarandajas,  
que aún el pan no me han traído:  
ya me entenderán las damas.  
¿No sabéis de qué me espanto?:  
como estos farsantes pueden,  
haciendo tanto como hacen,  
tener la fama que tienen,  
porque no hay negro en España,  
ni esclavo en Argel se vende,  
que no tenga mejor vida  
que un farsante, si se advierte.  
El esclavo que es esclavo  
quiero que trabaje siempre,  
por la mañana y la tarde;  
pero por la noche, duerme.  
No tiene á quien contentar,  
sino á un amo ó dos que tiene,  
y haciendo lo que le mandan  
ya cumple con lo que debe.  
Pero estos representantes,  
antes que Dios amanece,  
escribiendo y estudiando  
desde las cinco á las nueve.  
Y de las nueve á las doce  
se están ensayando siempre,  
comen, vánse á la comedia  
y salen de allí á las siete.  
Y cuando han de descansar,  
los llaman el presidente,  
los oidores, los alcaldes,  
los fiscales, los regentes,

y á todos van á servir,  
á cualquier hora que quieren,  
que es eso aire, yo me admiro,  
¿cómo es posible que pueden  
estudiar toda su vida  
y andar caminando siempre,  
pues no hay trabajo en el mundo  
que puede igualarse á éste?  
Con el agua, con el sol,  
con el aire, con la nieve,  
con el frío, con el hielo  
y comer y pagar fletes.  
Sufrir tantas necedades,  
oir tantos pareceres,  
contentar á tantos gustos  
y dar gusto á tantas gentes.  
Ya me han entendido todos,  
gracias á Dios que me entienden,  
y pues ya me han entendido  
hombres, niños y mujeres,  
astrólogos, arquitectos,  
viejas, damas y franceses,  
hechiceras y soldados  
y todas las demás gentes,  
murmuren, hablen y rían  
de todos los que salieren,  
del uno porque salió,  
del otro porque se éntre.  
Ríanse de la comedia,  
digan que es impertinente,  
malos versos, mala traza,  
y que es la música aleve,  
los entremeses malditos,  
los que los hacen crueles;  
así Dios les dé salud,  
mucha vida y muchos bienes.  
Tengan contento en su casa,  
el estado y honra aumente,  
dé á las doncellas maridos  
y á las casadas placeres.  
A las viudas hombres viudos,  
ricos, galanes, alegres,  
á las viejas pan y vino,  
y tras todos estos bienes,  
una tos que los ahogue,  
una mujer que los pele  
y una sarnaza perruna  
que les dure ochenta meses.

## 103

XIX. — Sobre la dentadura  
y sus remedios.

No sé si mi buena suerte,  
discretísimo senado,  
ó el fin de mis desventuras  
que ha llegado en breves plazos,  
me llevó á misa ha seis días  
al monasterio sagrado,  
de aquel santo á quien dió Cristo  
por armas suyas dos brazos.  
Descuidado y venturoso,  
que es muy propio en descuidado,  
venirles de pronto el bien,

sin saber por dónde ó cuándo.  
Yo, que iba á entrar en la iglesia  
más que devoto, bizarro,  
el pensamiento en Babiaca,  
y mi rosario en la mano.  
En ella vi una mujer,  
vi un ángel en cuerpo humano,  
que por ser ángel del cielo  
estaba en lugar tan santo.  
Llamóme, llegué y oíla,  
Dios sabe, si más temblando  
que la sentencia de muerte  
escucha algún condenado.  
Pasé la palabra alerta,  
á mis bienes mal logrados,  
y al escarmiento dichoso  
puse de posta un soldado.  
Toqué al arma al pensamiento  
para que saliese armado,  
á competir con el cielo  
de aquel ángel soberano.  
Mis deseos recogí,  
mandéles hiciesen alto,  
que vi el enemigo al ojo  
tocando el arma de falso.  
Mandé marchar mi firmeza  
y fuéla el amor guiando,  
que, aunque es ceguezuelo el niño,  
sabe muy bien los pantanos.  
Eché un bando á mis memorias,  
y pena de muerte mando  
no pretendan imposibles,  
que es fuego de desengaños.  
Con aquesta prevención  
llegó el general mandando,  
y el capitán obediencia,  
que es un soldado gallardo.  
El alférez humildad  
con el sargento cuidado,  
y el cabo de escuadras gusto,  
que es de mil escuadras cabo.  
Llegué al fin, y dijo: «Rey,  
así viva muchos años,  
que me diga cómo tiene  
aquesos dientes tan blancos.  
Diga con qué se los limpia,  
y para que valgan algo,  
han de ser chicos ó grandes,  
menudos, juntos ó malos.  
Respóndame por su vida,  
que estos míos me han loado,  
y no acabo de entender  
si son buenos ó son malos.—  
Así hiciera Dios los míos  
porque pudiera igualarlos  
con los de vuesa merced,  
que son más que perlas blancos,»  
la respondí medio muerto,  
y ella, sacando una mano,  
se hechó el manto sobre el rostro,  
y sobre el cielo un nublado.  
Levantóse y dijo: «Basta,  
pues dicen que es cortésano,  
haga lo que le he pedido.»  
Repliqué: «Obedezco y callo.»  
Fuése y dejóme, y ayer  
me avisó con un criado